LOS SOLILOQUIOS DE JUAN TORRE

El hombre tenía la cabeza baja, en actitud de meditar. Se había sentado sobre una silla de enea, en el pequeño y fresco patio de su modesta vivienda gitana y hasta él llegaban los penetrantes aromas de los jazmines, de los geranios y de las rosas que sobresalían de los pequeños tiestos de lata, que colgaban de las paredes, blancas de cal y luminosas de sol.

Caía lentamente la tarde, pasado ya el letargo de la inevitable siesta y había todavía como una modorra, un desperezamiento, un silencio suave y dulce. Una flamenca vieja, con restos aún de una inmarchita belleza bajo sus sienes plateadas, que iba y venía, atravesando el pequeño patio, del cuarto a la cocina y de la cocina al cuarto, puso un vaso de café en las manos del hombre, que lo comenzó a sorber poco a poco, muy lentamente, como ensimismado, meditabundo y algo triste.

La gitana, a la que llamaban "La Caracola", porque de joven dicen que tuvo el negro cabello endrino, cayéndole en cascada de caracoles ensortijados por la espalda, se acurrucó frente al hombre, sentada en otra silla de enea, mucho más baja, con otro vaso de café humeante entre sus dos manos. Entonces el hombre, su hombre de siempre, comenzó a musitar, casi en voz baja, pero audible para su mujer, una inacabable letanía de quejas, suspiros, recuerdos y añoranzas, se diría que dichas en un tono como de amarga decepción, con un cansado estar de vuelta de muchas cosas, de inolvidables momentos y de malas madrugadas. Era un desahogo momentáneo, motivado vaya usted a saber por qué negros contratiempos y desengaños.

Estaba el hombre sentado a horcajadas sobre la silla, en sentido inverso, con los brazos reposando sobre el respaldo de madera. No parecía muy viejo, apenas si habría cumplido los cincuenta y pocos años. Por las mañanas se levantaba muy temprano y se marchaba a trabajar al mercado, como pescadero. Cuando regresaba, comía y se acos-

taba unas horas. Una vez descansado, tan pronto comenzaba a oscurecer se arreglaba lo mejor posible, colocándose su traje negro, su camisa blanca, su pañuelo negro de seda al cuello, sus zapatos siempre brillantes y su eterna mascota de fieltro tambien negro. Entonces el hombre se transformaba y se convertía en un artista de la noche. Por unas horas, el pescadero humilde de las mañanas, se convertía en el cantaor de flamenco Juan Torre.

Pero, ahora, recien levantado de la siesta, y todavía sin arreglar, el gitano mascullaba sus soliloquios, con el vaso de café todavía humeante, confesándose con él mismo, entre sorbo y sorbo.

- Me lo decía Fernandito Rosa, mardita sea, que tuviera cudiao con el señorito, que na más que estaba de juerga para meterle mano a los hombres. Con lo chulo que son todos los demás y lo mierda de maricón que salió éste. Con decirte que le dicen "La Chata" y que hasta usa faja de mujer, para tener mejor figura.

Había estado yo toda la noche cantando por soleá y por seguiriya, venga a beber y venga a cantar, que el cante mismamente me salía a borbotones, porque estaba yo inspirao y la verdad es que no me se daba mal que digamos, cuando me levanté, porque no podía más, para ir a cambiarle el agua a las acitunas. Me fuí al servicio y chás, detrás mía que se fué el señorito, hasta ponerse a mi lao. Entonces fué cuando me dijo aquello, que me cayó tan mal, y se me quitaron las ganas de volver a cantar y de seguir bebiendo. "Pero no le dá a usté vergüenza, don Manuel, de decirme a mí esas cosas, a mí que ya no soy ningún niño..." Salí del servicio y me fuí directo al cuarto donde seguía la juerga. Entonces se lo dije al guitarrista Rafael del Aguila. Mira lo que ma pasao, Rafaé de mi arma. Y por no pegarle a ese tío tres puñetazos, me voy ahora mismo pa mi casa. Así que cogí el sombrero y me vine pa cá, sin cobrar ni ná. Me vine andando y solo, desde El Polo, hasta Santiago, con mi rabia y con mi vergüenza. Hasta las lágrimas se me saltaron de coraje, que nun-

ca nadie me había propuesto una porquería como esa.

Y es lo que yo digo, que los señoritos se creen que todo el monte es orégano. Y porque haya algún niñato que haga esas cosas con ellos, o alguna mujer que se deje pellizcar, pues arza, tó somos iguales.

Me acuerdo yo de una que le decían La Aguila que todos los señoritos andaban siempre detrás de ella, y ella se dejaba gastar bromas por todos; con todos bebía y reía, pero a ninguno dejaba que se sobrepasara ni ésto. Era mucha mujer La Aguila, y cuando bailaba todas las miradas se iban tras sus enaguas. Pues un día un señorito de aquellos, despechado porque la bailaora no le hacía ni caso, empezó a darle a la machiri, diciendo que La Aguila había sido suya y que si estaba loca por él. Se enteró esta mujer de que el tal le estaba dando mala fama y una noche, ella sola, con más reaños que nadie, le aguardó al salir de una venta y le rajó la cara con una navaja, diciendole con rabia "Pa que no te olvides de mí". Desde entonces el señorito desapareció de las juergas y nadie volvió a escucharle hablar jamás de La Aguila. Porque es lo que yo digo, que la gente se cree que porque una mujer, sea cantaora o bailaora, porque sea artista, vamos, ya tiene que sé una mujer perdía, que tos la manosean. Y como me decía a mí el viejo Fernando el de Triana, "la mujer es como una viña, que la que es buena se guarda sola. Aunque la que sale mala, no hay Dios que la guarde".

El mundo éste de los artistas flamencos es un mundo que muy poca gente conoce y muchas veces se equivocan con nosotros, de medio a medio. La mayoría del público cree que somos unos juerguistas empedernidos, gente de mal vivir, que siempre estamos de borrachera y de pelea. Lo que no saben es que la vida del artista es muy dura y muchas noches hay que hacer tripas de corazón, pa cantarle a los señores, y poder llevarse luego a casa los cuatro reales que nos dan, pero con los que vamos tirando palante, un día y otro.

Bueno, y encima que nos pagan poco por divertirles, luego hay que andá pordioseando lo que es tuyo. Que si vete mañana al Casino, que si ven pasado, que si el señorito no está, que si está de viaje, que

si sa dío pa el cortijo. Y así una semana. Que son muchas las güertas que nos hacen dá, pa que aluego te dén cinco duros, que no tienes ni pa poné un puchero. Y encima agradecidos, porque los señoritos son los únicos que se acuedan de tí. Que si no fuera por ellos, no sé yo que iba a sé de nosotros y de er cante.

Macuerdo yo que a un compañero mío, de Cái, mu gracioso, el Cojo Peroche le decían, lo jizo un señorito dá más vuertas que un volaó, pa podé cobrar una juerga que le debía. El pobre hombre sudaba tinta ca vé que diba a cobrá al Casino Jerezano.

En ésto, como en tó, hay gente con mucha gracia. Na má que hay que fijarse en Ochele, que se pasea tó los días, delante de Los Gabrieles y Er Callejón, con un pañuelo blanco en la cabeza, pa que no le dé una insolación, y que er baile suyo dice que está santificao, porque lo llama er baile der cepillo de Santa Marcela, vaya usté a sabé por qué.

Bueno, po Vicente Pantoja no se que-a atrá, en ánge y en gracia de la buena. Ese sí que é un gitano único pa eso de los gorpe, que hasta a Manolete le dijo, por ponerle una farta, que se parecía a Don Quijote. Y una vé, en una juerga, que don José Canto le pisó sin queré un cayo, que los tenía a puñaos, vá y le dice a don José, que é un señó de lo más cabá que hay en tó Jeré: "Así le dén a usté con el apellío en la cabeza, don José de mi arma, que ma dao usté un pisotón, que ma metío er deo gordo en la madrona".

Don José Canto é un poquillo jartible en la juerga, porque le gusta que le hagan er cante con toa su pureza, pero en lo demá é un seño mu juncá, con casta y con paladá, pa pará un tren. ¡Un caballero, vamos! Y chanelando de cante, como ningún señorito. !Po no la quitao mucha jambre don José a tó los flamencos que han andao siempre a su lao! Como ca sío er paño de lágrima de tó nosotros...! Y tó los días de juerga, siempre rodeao de los mejores artistas der cante, der baile y de la guitarra, de Jerez. Hasta mi tío Pepe Torre ha venío muchas veces de Sevilla, llamao por don José, pa cantarle ese cante viejo que nadie jace como é. La seguiriya der Planeta, que le llaman. Y las toná y los martinetes rancios que na má que conocen los gitanos de fragua.

Porque esa es otra. Hay señoritos que se meten en un cuarto con dos o trés mujeres y empiezan a llamar a los cantaores, pa que le canten y le bailen, pa divertirlo vamo, mientras que ellos no le hacen ni puñetero caso a los artistas, liao como están con las lumias. El flamenco pa ellos no é sentimiento ni emoción jonda, é como un disco que ponen, mientras hacen otra cosa. Vamos, que nosotro estamos pa ponerle música de fondo ar cachondeo de los cacique, mientras ellos se rien, comiendo langostino y cigalas, y bebiendose er vino por cajas. !Po no pasa uno muchas veces vergüenza de cantarle a esos señoritos troneras y sobre tó de que lo vean a uno por la calle, pasá con ello, montao en los coches de caballos, con las fulanas riendose como locas...!

Con lo serio que tú sabes que yo soy, Concepción de mi arma.Que hasta Maribá me respeta. Que tú sabe, que é verdad, que te lo han dicho muchas veces, que cuando voy por las noches a la Venta, na má que jago entrá pos ya me tiene preparao mi té. "Er té de Juan Torre" le dice a los camareros, y me lo sirve en un cuartito allí dentro, mientras espero que lleguen los señores, pa que las mujeres no se me acerquen a mí, que yo no quiero lío de ninguna clase, y menos con fardas.